

de todo gobierno: la fuerza. Lastarria era un libertario; pero un libertario convencido y efectivo, y en la realidad de su convicción puso, efectivamente, sus fuerzas y su voluntad.

Interesante y novedosa síntesis se deduce de la vida de estos dos hombres. En Portales, el hombre de acción, la acción se hizo idea, se fué *crystalizando* en idea y fué la norma política que por más de cincuenta años informó la estructura administrativa y general de la nación. A su vez, la idea doctrinaria y social de Lastarria, así como sus teorías y avances literarios y filosóficos, fueron condensándose también poco a poco, hasta llegar a hacerse más tarde sangre y espíritu en la expresión funcional de la República.

Todo esto lo vemos en las bellas monografías que Domingo Melfi ha escrito sobre don Diego Portales y don José Victorino Lastarria. Aunque el autor, con sobrada modestia, nos diga que estas monografías no son más que ensayos para precisar el relieve y contornos de cada prohombre y para estimular a quienes con más tiempo—vale decir, con más medios y método—puedan y quieran acometer la obra definitiva que ellos merecen; son los trabajos más ecuanímenes y exactos, precisamente, y más amplios dentro de su precisión, de cuantos se han escrito sobre Portales y Lastarria. En lo que el autor logra y quizá supera su designio.

Independientemente de estos merecimientos y realizándolos al mismo tiempo, están la prosa rica y llena de hallazgos de expresión de Domingo Melfi, su mesura de juicio y su intención noble de tender los hilos de nuestro conocimiento hacia estas cabezas señeras de la historia chilena.— GUILLERMO KOENNEKAMPF.

<https://doi.org/10.29393/At150-275LDEJ10275>

EL JAÚL, Novela por *Max Jiménez*. Nascimento, 1937.

¿El Jaúl? Esta palabra impresiona como si fuera el nombre de alguna de esas fierecillas que pueblan las selvas de la

América tropical, o bien el de alguno de esos pájaros de plumaje fastuoso. Pero no se trata de nada de eso. El jaúl es un árbol. Una especie de álamo, según nos lo dice el autor, que crece en las más altas cumbres de las montañas de Centro América. Es un árbol triste que vive en los sitios cubiertos por eternas brumas, lluvias y hielos, y cuya madera la gente ocupa en la fabricación de ataúdes. El autor que, a más de novelista, es poeta y dibujante, nos da una idea extraña, o mejor, estrafalaria, de como es este jaúl, cuyo nombre le ha servido para darle el título a su novela, en un dibujo hecho en madera que se reproduce en las páginas de este libro. Es algo así como un hombre flaco y curvado, de cuyos hombros estrechos nacen dos brazos lárquísimos, dibujo que a decir verdad y ser sinceros no nos da la sensación de un árbol. El arte moderno en su afán de encontrar nuevas fórmulas que toquen la sensibilidad, linda a veces con lo grotesco y lo absurdo.

No es un gran tumulto el que pasa por las páginas de esta novela escrita en capítulos breves y escuetos. No existe en el relato la pintura del paisaje ni tampoco el detalle físico de los personajes. En esta narración hay nombres de sitios, de personas, y de hechos cómicos o dramáticos. No se sabe si consciente o inconscientemente, el autor ha dejado entregado al que lee la tarea de imaginar todo cuanto pudo tener interés humano o que ponga de relieve las características del paisaje. Este es un recurso del cual no se puede abusar, pues existe el peligro de convertir el relato en una simple enumeración de hechos a los cuales les falta esa pulpa artística que forma el ambiente, o por mejor decir el mundo por donde transcurre la vida, cuyas emociones, alegrías y tragedias el sentimiento debe animar, infundiéndole la fuerza de la realidad misma.

En esta novela de Max Jiménez, hay algo de sórdido en su ambiente, pues en ella no resplandece ninguna humanidad que la alegre, o deje una huella de poesía en el relato. El Changuero, Jeremar, la Petra, el Político, súbitos fantasmas que de

pronto se plantan en el relato, para decir una frase grosera y repetirla con majadera insistencia, o bien para pegar una bofetada en una riña que no tiene mayor explicación.

No demuestra el autor grandes facultades de imaginación, ni tampoco de narrador, pues el relato se arrastra penoso y lánguido en breves y fatigosas jornadas que dejan al lector desilusionado y sin deseos de seguir en su lectura. El estilo es duro, cortado, casi telegráfico y así es muy poco lo que se puede ver de ese pueblo de San Luis de los Jaules, en donde Max Jiménez sitúa los acontecimientos que le han servido de tema para escribir su novela. Acontecimientos mínimos por cierto, que en todo caso si estuvieran bien tratados podrían dar mayor calidad a esta obra, que no logra en ningún momento dar la sensación de la tierra que le sirvió de escenario ni de los hombres que en ella viven.—L. D.

LA CANCIÓN DE CUNA, por *Germán Berdiales*.

Acaba de aparecer un nuevo libro de Germán Berdiales. Esta vez no son acotaciones a la escenificación teatral de la infancia, ni bellos tópicos acerca del teatro escolar o cuestiones de imaginación literaria que atañen al relato. Berdiales ha querido, con su fina y activa sensibilidad, tomar el alma infantil en su propia fuente, para lo cual ha ascendido hasta la propia cuna del niño. Es necesario dar relieve a esta obra, porque aborda un tema generoso y honradamente fértil para el futuro de la cultura infantil.

¡La canción de cuna! ¡Qué artista de verdad, cualquiera que sea su expresión, no ha soñado con penetrar briosamente en los jardines de tan amoroso sentimiento? Dejando por un instante el terreno puramente artístico del tema, diremos que la infancia constituye el verdadero plantel de nuestro miste-